

pues no halla la mariposa
con tanto gusto una flor,
ni halla una floresta el ave
que de la jaula escapó,
ni halla afanada la abeja
la miel de que vaga en pos,
ni halla el mísero cautivo
la luz que ver no esperó,
con tan intensa y tan pura
celestial satisfacción
como halla el cansado artista
lo que él á solas creó.
Es un sueño venturoso
que en alas de la ilusión
muestra al alma un ignorado
paraíso encantador;
es el beso de una madre
al hijo que le nació,
por cuya vista ha sufrido
largas horas de dolor;
que le ama más cuanto más
le cuesta su posesión;
y..... no hay símil de ambas cosas
más exacto ni mejor.

Y pues su linda Madona
Torrighiano concluyó,
en ese cielo del arte
dejemos al escultor.

A la mañana siguiente
la preciosísima efigie
esperaba al Duque de Arcos
que acabara de vestirse;
y mientras miran y admiran
lacayos y ministriles
la verdad y la hermosura
de la inanimada Virgen,
en la retirada calle
donde el Torrighiano vive
está pasando otra escena
que no es justo que se olvide.
Dejemos al noble Duque,
en armas y amor insigne,
que la divina escultura
enamorado acaricie;
dejemos al Florentino,
que de su mano recibe
repleto saco, que augure
horas tras su afán felices,

y entrémonos en su casa,
donde su amorosa Tisbe
está á la reja esperando
que dé la vuelta el artífice.
No se sintió por su ausencia
la esposa nunca tan triste,
ni de su inquietud secreta
la extraña razón concibe;
mas su ardiente pensamiento
mil sobresaltos la finge,
y el corazón con mil ansias
no acierta qué vaticine;
y ello es un hondo misterio
y un arcano incomprendible;
mas tiene presentimientos
el corazón infalibles.
Mirando estaba impaciente
de la calle los confines
por ver si llega más pronto
ó más pronto le apercibe,
cuando un hombre que se acerca
rápido, con mano firme
tira un papel por la reja
y contestación la pide.
En vano tal osadía
querido hubiera impedirle,
y en vano algunas palabras
de justo enojo le dice.
El hombre pasa y no escucha;
le llama....., le grita, y sigue,
y allá hacia el fin de la calle
vuelve á pararse impasible.
A poco rato, el mismo hombre
paso á paso se dirige
otra vez á la ventana;
y esto que advierte la Tisbe,
toma la carta del suelo,
aguarda que se aproxime,
y con desprecio tirándosela,
que despeje le repite.
Cerró los vidrios de golpe,
pero ni tiempo consigue
para encajar la falleba,
porque el hombre, que se sirve
de ambas manos, deteniéndolos
con vigor irresistible,
volvió la carta diciendo:
—Sin respuesta no he de irme.—
Y al ir palabras más duras
colérica á dirigirle,

apareció el Torrighiano
y palideció la Tisbe.

TORRIGHIANO

¿Qué es eso, Tisbe?

TISBE

Un infame
que dos veces ha pasado
y ese papel ha tirado
por la reja.

TORRIGHIANO

El papel dame,
que, á lo que veo, él ha huído;
mas ¿qué tiemblas, alma mía,
no ves que de su osadía
tú la culpa no has tenido?

TISBE

¡Ay, Pedro, que ese papel,
me da recelos fatales,
y me parecen puñales
cuantas letras hay en él!

TORRIGHIANO

¡Calla, inocente!

TISBE

No le abras,
Pedro.

TORRIGHIANO

¿Saber no es mejor
de qué mal es portador?
Y al fin, son cuatro palabras.
(Abriendo la carta, á Tisbe:)
Pero, Tisbe, es para ti;
tu nombre al principio viene.....
Veamos lo que contiene,
y escucha, que dice así:

(Lee.)

«Tisbe, elige; está en tu mano
mi ventura y su sentencia:
un día de resistencia
da la muerte al Torrighiano.»

TISBE

¡Ay, Torrighiano, ay de mí,
que con mi negra hermosura

te traje la desventura
y acaso muerte te dí!

TORRIGHIANO

Mas ¿qué misterio penetras
en ese papel, que á voces
mi muerte auguras? ¿Conoces
quién hizo, Tisbe, esas letras?

TISBE

No; lo adivino no más:
de un villano que en tu ausencia
con inaudita insolencia
me enamoró, son quizás.
Toda Sevilla corrí,
de casas mudé esquivándole,
y logré, desorientándole,
vivir escondida aquí.
Cobréle un horror intenso
desde el momento de verle,
y sólo supe temerle,
y no lo bastante, pienso.

TORRIGHIANO

Y ¿por qué no me has mostrado
á ese traidor cara á cara,
y en mis manos acabara,
que era morir muy honrado?

TISBE

A verte una noche vino,
y en mi cuarto me encerré
como quien siente y no ve
los pasos de un asesino.
Y ni escucharos osaba,
porque tal horror sentía,
que aun de su voz, si la oía,
no sé qué me recelaba.

TORRIGHIANO (Desesperado.)

¡Y yo, necio, se la dí;
se la llevé yo en persona!.....

(A Tisbe:)

Y viendo aquella Madona
que se parecía á ti,
¿no lo adivinabas tú?

TISBE

Temí, Pedro, que tus celos.....

TORRIGIANO

¡Cargue, voto va á los cielos,
con tu miedo Belcebú!
¡Ira de Dios, y qué á punto
con mi maldita escultura
yo mismo, de tu hermosura
fui á presentarle el trasunto!
¡Por ella su lengua fatua
me hará de irrisión objeto!....
¡Maldito si no le meto
en el cerebro la estatua!

Y esto el escultor diciendo,
la espada en el cinto pone,
y desatinadamente
la mano en el picaporte.
No hasta que de rodillas
ante él la hermosa se postre,
ni que las suyas abrace,
pues sus intentos supone;
que ni advertencias admite,
ni fríos consejos oye,
ni lo que intenta concibe,
ni ve lo que se propone.
El hombre en aquel momento
sólo necesita un hombre,
y pues encontrarle es fuerza,
sin duda que sabe en dónde.
Quedóse la Tisbe sola
y á los vidrios asomóse,
los ojos llenos de lágrimas
y el corazón de temores.
Así estuvo largo tiempo,
sin que distraerla logren
de sus pensamientos tristes
y negras cavilaciones,
ni de la luz reflejada
por el cristal los colores
brillantes, ni las figuras
de la calle, ni las voces,
hasta que, vuelta á sí misma,
de los cristales quitóse,
y viendo aún en el suelo
el papel infausto, asíóle.
Tendió, sin ver lo que hacía,
los ojos por sus renglones,
y helóse al ver estos cuatro,
no leídos hasta entonces.

«Esta profana escultura
diviniza una pasión,
y enviada á la Inquisición,
os abre la sepultura.»

Lanzó la infeliz un grito,
y como el tiro conoce,
hacia el palacio del Duque
desataleada corre.

V

El sombrero hasta las cejas,
fiera y sombría la cara,
atenazados los dientes
y echada al hombro la capa,
como una sombra fatídica
de algún panteón escapada,
por la escalera del Duque
audaz Torrigiano avanza.
De cuatro en cuatro las sube,
y un tramo tras otro gana,
cual si en trepar con tal brío
alguna apuesta ganara.
Las salas resuelto cruza,
y á detenerle no bastan
las señas de los porteros
y las voces de los guardas.
Al uno con un bufido
de ira ó desprecio le espanta,
al otro de una embestida
le tumba en tierra de espaldas.
Y así, sin más miramientos,
llegó, de una en otra estancia,
del gabinete del duque
hasta tocar la mampara.
Asíola del picaporte,
y por sí en abrirse tarda,
con sacudida violenta
del quicio la desencaja.
Sintió el estrépito el Duque,
y al ir á volver la cara,
ya el Torrigiano tenía
la mano en su hombro posada.
—¿Qué me queréis, señor mío?
—Mi escultura.

—Está comprada.

—Ahí tenéis vuestro dinero,
no quiero venderla, dádmela.—

Y el Torrigiano en la mesa
tiró el saquillo de plata
que en precio de la escultura
recibió por la mañana.
Rióse el Duque, y le dijo:
—¿Sabe, buen hombre, á quién habla?
¿Sabe que sólo mi voz
para aniquilarle basta?—
Rugió el Torrigiano de ira,
y dijo con voz ahogada:
—Será si la dejo yo
que pase por la garganta;
y no piense que eso es sólo
lo que á mi cólera basta.
Ahora venga la escultura;
luego, pues dagas y espadas
tenemos, y hombres nacimos,
saldrá de aquí lo que salga.—
Y abalanzándose rápido
á las puertas que la estancia
tras de la mampara cierran,
con resolución exclama:
—Ó defendeos, ú os mato,
que os juro que vuestra carta
otra respuesta no tiene
que un párrafo de estocadas.—
Y ya sin otro remedio,
asíó el Duque espada y daga,
y trabóse la contienda,
que ¡por Dios! que fué empeñada.
El artista, que se sirve
cual del cincel de su arma,
el pecho de su contrario
á cada momento amaga.
Y aunque de audaz y valiente
con reputación sobrada,
no se dió por muy seguro
el Duque, que ya pensaba
en ganar tiempo, aunque acaso
toda la honra costara;
mas la rapidez del otro
hasta la voz le embargaba,
y se perdían sus ojos,
y sus manos no bastaban
á parar tan recios golpes
y tan recias cuchilladas;
y aunque muy bien se defiende,
que al fin le va vida y fama,
ya en el rincón de una puerta
el escultor le acorrala;

y ya el feroz Torrigiano,
que ve cerca su venganza,
en coserle contra el quicio
con negra intención pensaba,
cuando tremendo tumulto
que por defuera se alcanza,
llegó en confuso desorden
hasta la pieza inmediata.
Crujía asida la puerta,
y caer amenazaba,
y miedo el Duque perdía,
y el Torrigiano esperanza.
Aquél ganaba terreno,
y así la lid comenzada,
cambió de aspecto en un punto
de consecuencia y de causa,
porque al dar el Torrigiano
en una pared de espalda,
se abrió al empuje, de lienzo
una puertecilla falsa.
Cayó en aquel aposento,
cerró el Duque, y en la estancia
donde quedó el escultor
topó con su efígie infausta.
y rebosando despecho,
y de otro enemigo á falta,
«¡Maldita seas!», la dijo,
y dióla una cuchillada;
á cuyo momento, entrando
pajes, corchetes y guardias,
dijo, señalando el Duque
los pedazos que rodaban:
—Á la Inquisición llevadle,
las imágenes maltrata;
si se resiste, amarrarlo;
y si grita, una mordaza.—
Lanzáronse al Torrigiano,
que en la triunfante mirada
que le lanzó su enemigo
vió bien lo que le restaba.
Tomaron, pues, los pedazos
de la destruída estatua,
y desgarrado el vestido,
las manos atrás atadas,
sacáronle del palacio
entre broqueles y lanzas,
y echaron al Santo Oficio
atravesando la plaza.

CONCLUSIÓN

¿Qué te valió, buen soldado,
con noble empeño lidiar
para comprar con tu sangre
el sol de tu libertad,
si Pisa y el Garigliano
sólo en tu memoria están
como bajeles perdidos
en la llanura del mar?
¿Qué te valieron, artista,
tus largos días de afán,
tus largas noches de vela
y de esperanza tenaz,
si en tus cadenas traidoras
tu gloria se va á estrellar,
y no habrá en tu sepultura
de tu nombre una señal?
¡Sueños de la juventud,
sueños de gloria fugaz
que en un negro calabozo
fuisteis al fin á parar;
cifras con que fulminaron
una sentencia fatal,
su acongojada memoria
no tiranicéis jamás!
¡Delirios de amor dichosos
que vinisteis á alumbrar
de su tormentosa vida
el continuo vendaval,
id á vuestras alas viento
en otra ánima á buscar,
y en sus cadenas dormido
al pobre artista dejad!
Dejad que duerma un instante,
y ese instante pueda hallar,
entre sus sueños febriles,
de triste felicidad.
¡Ay, cuán duro, Torrigiano,
te va á ser el despertar
al rumor de los cerrojos
y á la odiosa realidad!
Duerme tranquilo, soldado,
reposa un momento más,
que al cabo así no es tan duro
con el castillo volar.
Duerme sin temor, artista,
que los nudos del dogal,

el laurel de tu corona
no han de poder deshojar.
Duerme, despechado amante,
que á morir por tu amor vas,
y no temas de tu Tisbe
un olvido criminal.
Duerme, mientras sollozando
bajo tus rejas está,
y sus suspiros te roba
al airecillo fugaz.
En vano á tus carceleros
ansiosa fué á preguntar,
en vano oró largas horas
en la santa catedral;
en vano quiso á tus jueces
con lágrimas conquistar,
que ni la tierra ni el cielo
oído á sus penas dan.
Sí; mientras tú te resuelves
á morir en soledad
y á darles muerta la carne
que quieren ver palpar,
ella resuelve contigo
llegar á la eternidad,
y al pie de tu calabozo,
cuando expires, expirar;
que está segura que su alma
saldrá tu alma á buscar,
y cuando aliento te falte,
aliento la faltará:
tierna paloma que el grano
no sabe sola encontrar,
y expira cuando la falta,
quien alimento la da.
Duerme, Torrigiano, duermes,
que es muy duro despertar
al rumor de los cerrojos
y á la odiosa realidad.
Oyéronse por defuera
rudamente rechinar,
y abrió el escultor los ojos
á la negra obscuridad,
y aun de los lazos del sueño
sin poderse desatar,
el ruido oyó, y el soldado
preguntó altivo: «¿Quién va?»
Pero al ver con sus linternas
la gente del Tribunal,
la noble cerviz al pecho
tornó el mísero á doblar,

y para oír su sentencia,
dada sin juicio quizás,
aguardó en mustio silencio
á que quisiesen hablar.

—¿Cómo os llamáis?

—Torigiano.

—¿Sois de Florencia?

—Es verdad.

—¿Soldado?

—Con una espada,

no lo pudierais dudar.

—¿Tenéis amor á las armas?

—Si os dieran una....

—¡Ojalá!—

Y á esta idea, el escultor,
como quien la puede usar,
echó mano á su cintura,
de donde faltaba ya.

Lanzó el artista un suspiro,

y tornándose á sentar,

dijo, en derredor mirando:

—Es inútil; despachad.—

Signió preguntando el hombre,

deletreando á la par:

—¿Habéis hecho aquesta imagen?—

Y el triste, á pregunta tal,

volvió los ojos á su obra,

y al cabo.... rompió á llorar;

y echando al busto los brazos

con desesperado afán,

pidió que antes de romperla

se la dejaran besar;

lo cual, demencia juzgado,

y deseando abreviar,

por respuesta le leyeron

el pergamino fatal,

donde sin apelación,

con tres palabras no más,

al fuego le condenaba

por hereje el Tribunal.

Volviéronle, pues, el rostro,

y uno, ó compasivo asaz

ó no alcanzando en qué uso

aquel madero ocupar,

díjole con befa estúpida:

—¡Vaya, buen hombre, tomad!—

Y el busto de su Madona

le echó á los pies al cerrar.

Cuando á la fin de tres días
llegó la hora tremenda
de cumplir en Torrigiano
el rigor de su sentencia,
llegaron hasta su encierro
los que debían ponerla
por obra, y los seis cerrojos
descorrieron de su puerta.
Á voces y por su nombre
le llamaron desde fuera,
mas sus voces se perdían
en lo hondo de la caverna.
Tornaron á llamarle ellos
y á faltarles la respuesta,
hasta que, asiendo una antorcha,
penetraron en la cueva.

—Vamos, dijeron, hereje,

que está ya arañando la hoguera.—

Y en faz amenazadora

avanzaron á su presa.

Mas Torrigiano yacía

inmóvil y sentado en tierra,

las manos en las rodillas,

y en las manos la cabeza,

que asidas convulsamente

y enclavijadas con fuerza,

guardaban algún objeto

que se adivinaba apenas.

—¡Arriba! á gritar tornaron;

pero mirando su inercia,

empujáronle con ira

y dió de rostro en la tierra.

Rodó por el pavimento

aquel busto de madera,

que el rostro de una Madona

en su Tisbe representa,

y á sus pies quedó tendido

el escultor, que les deja

su gloria con su cadáver,

de su ejecución en prenda,

que quien nace hidalgo y fiero,

no puede con la vergüenza

de acabar con ignominia

en una patria extranjera.

¡Pobre Tisbe! ¡Cuán en vano

en ese dintel le esperas,

pasando noches y días

del Santo Oficio á la puerta!

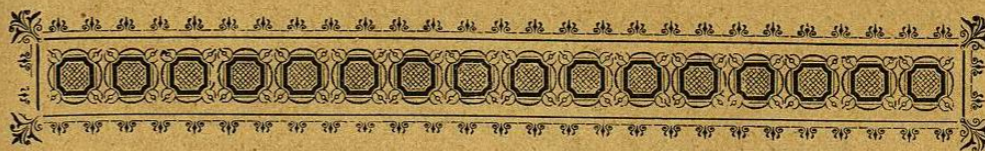
Resuelta estás á morir

sobre esas heladas piedras,

ó á ver otra vez el alma
de tu marchita existencia;
mas como ese Tribunal
jamás su víctima suelta,
colige de ambos á dos
cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues sólo el Torrigiano,
en su desventura fiera,

aguardó para morir
á poder delante de ella,
y Tisbe amor tan inmenso
para el Torrigiano encierra,
que ser no sabe sin él
ni alentar donde él no alienta,
aquellas dos nobles almas,
la una de la otra existencia,
al cielo á la par volaron,
y si hay Dios, ¡dichosas ellas!



LA AZUCENA SILVESTRE

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE COMIENZA
LA NARRACIÓN DE LA PRESENTE HISTORIA

Más pura que la luz de blanca luna
que en arroyuelo límpido riela;
más hermosa que el cisne en su laguna
cuando en ella se baña, nada ó vuela,
y alegre más que en soledad moruna
suelta y errante y tímida gacela,
en gracias y virtud feliz crecía
la bellísima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abriles,
de noble estirpe y á reinar nacida,
ajena á devaneos mujeriles,
velada por su bien, siempre servida.
flor era pronta á dar tallos gentiles
á los besos del céfiro mecida,
y á exhalar de su cáliz, aun cerrado,
delicioso perfume embalsamado.

Caía en anchas ondas de su frente
larga madeja de flotantes rizos,
y de inquieto mirar, mas inocente,
dos ojos revolvió antojadizos;
en su blanca mejilla transparente,
centros ambos á dos de sus hechizos,

marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
su padre el buen Wifredo, y la corona
ceñirla aguarda de la tierra extensa
del condado feraz de Barcelona.
Sólo en su bien y en su fortuna piensa,
y honrada, sin rival, feliz matrona
en tiempo incierto de la edad futura
su ambición paternal se la figura.

Único amor del varonil guerrero,
única prenda de su muerta esposa,
tiene Wifredo su cariño entero
puesto no más en su María hermosa;
y único amor el noble caballero
del alma de la niña candorosa,
en una el alma de los dos se encierra,
y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde, ennoblecida
con los laureles mil de mil campañas;
su ciudad populosa, defendida
por su tendido mar y sus montañas;
la mitad de los años de su vida;
la memoria y la prez de sus hazañas,
todo lo diera el caballero noble
por ver de su hija la fortuna doble.